

# Conversaciones

El *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* (RAE) define conversación como la “acción y efecto de hablar familiarmente una o varias personas con otra u otras”. Todos vemos a gente charlando en restaurantes y bares, pero también es cierto que entre los más jóvenes la mirada al móvil es constante. Esta situación empieza a enfadar a más de uno pues este nuevo hábito puede ser calificado de mala educación o como una nueva adicción que hay que controlar.

Al mantener una conversación cara a cara, el significado de las palabras es solo el 20% de lo que comunicamos y el 80% restante lo facilita todo lo que envuelve esa comunicación, desde los gestos al tono o la mirada, y ese entorno puede perderse cuando conversamos desde el móvil, la tableta o el ordenador. Por tanto, parece que es más fácil pedir u opinar sin tener a la persona enfrente, ya que esta carece de algunos datos que podrían ser relevantes, como saber, por ejemplo, la verdad o la mentira que esconden las palabras de una conversación. Frente a esta falta de complicación, sin embargo, aparecen otras, como ansiedad por ser respondido inmediatamente, miedo a una soledad si nadie se pone en contacto y facilidad para ocultar nuestras emociones. En estos momentos ya aparecen voces que piensan que comunicarse por WhatsApp, Facebook o Skype sea conversar. Pero como siempre hay otros que opinan que sí y que conversar por el móvil, aunque no sea igual que hacerlo cara a cara, no quiere decir que no sea útil, que no haga fluir la comunicación y que no genere lazos sociales.

De cualquier forma, según la últimas estadísticas seis de cada diez españoles se declaran molestos por que sus amigos miren el móvil cuando están con ellos, aunque el 55% admite que también lo mira estando en compañía. La psicóloga estadounidense Sherry Turkle del Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT) ha decidido pasarse a la defensa de la comunicación cara a cara. Sus reflexiones se recogen en su último libro *Reclaiming Conversation*. Esta investigadora lleva tres décadas estudiando cómo nos adaptamos a los avances de la tecnología y su influencia

**“GRAN PARTE DE LA DEPENDENCIA DE LOS DISPOSITIVOS MÓVILES SE DEBE AL FENÓMENO CONOCIDO COMO FOMO (‘FEAR OF MISSING OUT’) O EN ESPAÑOL, EL MIEDO A PERDERNOS LO QUE OCURRE MIENTRAS ESTAMOS DESCONECTADOS”**

en nuestras relaciones. Turkle no cree que la tecnología sea el problema, sino cómo la utilizamos y propone que hagamos un uso correcto de nuestros dispositivos. En su anterior libro, *Alone Together*, Turkle hizo su primer diagnóstico del efecto de la comunicación digital en las relaciones personales. Las entrevistas que realizó entonces revelaban un mundo en el que los jóvenes estaban frustrados por la falta de control sobre las conversaciones electrónicas que mantenían. No sabían si sus interlocutores



los tenían en cuenta o hacia dónde podía derivar la charla. En *Reclaiming Conversation*, Turkle defiende que la sociedad debe aprovechar ese sentimiento de “engaño” o de incertidumbre para volver a la palabra hablada, que define como una “cura” ante la digitalización de las interacciones sociales.

No siempre Turkle tuvo estas opiniones, en su libro *The second self*, reflexionaba sobre nuestra relación con los primeros ordenadores, que ella veía como máquinas maravillosas que nos proporcionaban nuevas identidades en las que reflejarnos. Llama la atención que esta psicóloga, que hoy predica la contencción de nuestro uso electrónico, sea la misma que hace 15 años se convirtió en ciberdiva tras publicar el ya clásico *Life on the screen*, donde presagiaba con optimismo el efecto terapéutico que tendría sobre el ser humano nuestra interacción con Internet, los robots y los ordenadores. “Como psicóloga fue un momento fascinante. Comenzaban los primeros chats, los primeros juegos y comunidades virtuales. Podías tener múltiples personalidades, ser hombre, mujer... pero siempre en un ámbito anónimo, y eso permitía muchísima libertad. Fue un momento de experimentación fabuloso y yo era muy optimista respecto a los efectos positivos que tendría en nuestra psique”, ha explicado en alguna entrevista. Corría el año 1995 y Turkle se convirtió con ese libro en una de las gurús tecnológicas de la época, ocupando la portada del la revista *Wired*, que en la década de 1990 aún era la Biblia digital.

La autora reconoce que gran parte de la dependencia de los dispositivos móviles se debe al fenómeno conocido como FOMO (*fear of missing out*) o en español el miedo a perdernos lo que ocurre mientras estamos desconectados. Superando este miedo, cuando todos ponen su vida en la red, algunos se salen de ella. Los motivos pueden ser variados, como sentir que se fomenta una vida irreal o comprobar que hay más gente en la virtualidad que en la realidad. España cuenta con 14 millones de usuarios de redes sociales y es el cuarto país del mundo (primero de Europa) en el uso de estas aplicaciones. Pero una de cada tres personas se siente peor y más insatisfecha con su vida tras visitar los perfiles de sus contactos. Percibir las relaciones como superficiales o la pérdida de intimidad son otras de las razones por las que una minoría desanda un camino que parece sin vuelta.